



A Esperanza le encantaba la mochila con rueditas que le había traído Papá Noel. Y aunque su mamá le había recomendado no estrenarla hasta el primer día de clases, ella no pudo esperar y ese verano la usó para todo. De changuito para ir de compras, de carrito para las muñecas, de valija cuando jugaba a la azafata, de trineo tirado por sus perros y hasta de cortadora de césped en su jardín.



No había lugar al que fuera sin su mochila, con ella se sentía un caracol que llevaba su casa a cuestas. Los días que iba con su papá, resultaba perfecta para llevar algo de ropa, la soga, las paletas, el bebote, las cartas, los libros y los peluches para compartir con sus hermanos que festejaban el desparramo cuando sacaba las cosas.





Si la invitaban a la pileta, entraba lo necesario: la toalla, las ojotas, el protector solar, la malla y hasta algunas galletitas para merendar. Cuando se quedaba a dormir en casa de sus abuelos ponía el pijama, el juego de cocinera y el maletín de doctora por cualquier emergencia.